

Apócrifos del Antiguo y del Nuevo Testamento

Introducción, selección y notas
de Antonio Piñero



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2010
Segunda edición: 2016
Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Detalle del panel derecho del *Tríptico de San Juan Evangelista y San Juan Bautista*, de Hans Memling (Groeningemuseum, Brujas. Bélgica)
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, selección y notas: Antonio Piñero Sáenz, 2010, 2016
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-308-9
Depósito legal: M. 408-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Prólogo
- 15 Introducción
- 53 Bibliografía
- 55 Siglas y símbolos utilizados

APÓCRIFOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Expansiones del Antiguo Testamento

- 61 Libro de los Jubileos o de la distribución de los días
- 75 Vida de Adán y Eva
- 80 Libro de las Antigüedades Bíblicas (Pseudo-Filón)
- 84 Ascensión de Isaías / Martirio de Isaías
- 87 Novela de José y Asenet
- 92 Vidas de los Profetas
- 95 Paralipómenos de Jeremías
- 100 Apócrifo de Jeremías sobre la cautividad de Babilonia
- 102 Libro III de Esdras

Obras apocalípticas

- 109 Libro I de Henoc
- 109 Libro de los Vigilantes
- 113 Primer Libro de los viajes celestes de Henoc
- 114 Libro del curso de las luminarias celestes

Índice

- 116 Libro de las visiones y los sueños
- 118 Libro de las enseñanzas y castigos
- 120 Libro de Noé
- 122 Apocalipsis de las diez semanas del mundo
- 123 Ciclo posterior de Henoc
 - 123 Libro de las parábolas de Henoc
 - 126 Libro de los secretos de Henoc o Henoc esclavo (2 Henoc)
 - 131 Libro de los palacios o Libro hebreo de Henoc (3 Henoc)
- 135 Apocalipsis de Abrahán
- 145 Apocalipsis de Sofonías
- 150 Apocalipsis de Sedrac
- 152 Apocalipsis siríaco de Baruc (2 Baruc)
- 171 Apocalipsis griego de Baruc (3 Baruc)
- 180 Apocalipsis de Elías
- 187 Ciclo de Esdras
 - 187 Libro IV de Esdras
 - 203 Libro V de Esdras
 - 205 Libro VI de Esdras o Libro del profeta Esdras
 - 208 Apocalipsis griego de Esdras
 - 211 Visión de Esdras
- 216 Oráculos Sibilinos judíos

Literatura de «testamentos»

- 233 Testamento de Adán
- 235 Testamento de Abrahán
- 238 Testamento de Isaac
- 241 Testamento de Jacob
- 243 Testamentos de los Doce Patriarcas
- 254 Testamento de Moisés o Asunción de Moisés

257 Testamento de Salomón

259 Testamento de Job

Libros sapienciales

265 Carta de Aristeas

269 Libro III de los Macabeos

273 Libro IV de los Macabeos

276 Proverbios o dichos del Pseudo-Focílides

Salmos, oraciones y literatura himnica

281 Salmos de Salomón

284 Oración de Manasés

APÓCRIFOS DEL NUEVO TESTAMENTO

Evangelios apócrifos

291 Textos fragmentarios. Evangelios conocidos por citas de los Padres de la Iglesia

291 Evangelio de los nazarenos

293 Evangelio de los ebionitas

295 Evangelio de los hebreos

296 Evangelio de los egipcios

297 Evangelios de título desconocido

297 Papiro Egerton 2

298 Papiro de Oxirrincó 840

300 Evangelio del Salvador o Evangelio desconocido de Berlín 22220

302 Evangelios de la natividad e infancia de Jesús

302 Protoevangelio de Santiago

307 Evangelio del Pseudo-Mateo

313 Evangelio del Pseudo-Tomás, filósofo israelita

- 317 Evangelio árabe de la infancia
322 Historia de José, el carpintero
330 Evangelios de la Pasión y la Resurrección
330 Evangelio de Pedro
333 Evangelio de Nicodemo
333 Primera parte: Actas de Pilato
338 Segunda parte: Descenso de Cristo a los infiernos
343 Evangelio de Bartolomé
351 Evangelios asuncionistas
351 Libro de San Juan Evangelista, el teólogo
357 Libro de Juan, arzobispo de Tesalónica
362 Tránsito de la bienaventurada Virgen María
367 Evangelios gnósticos
367 Evangelios probablemente del siglo II
367 Evangelio de Judas
372 Evangelio según Tomás
376 Evangelio según María
379 Libro secreto de Juan
387 Diálogo del Salvador
390 Evangelio de los egipcios de Nag Hammadi
394 Evangelio de la Verdad
399 Evangelios probablemente del siglo III
399 Evangelio según Felipe
404 Sabiduría de Jesucristo
407 Libro de Tomás el atleta
414 Los dos libros de Yeú

Hechos de los apóstoles

- 425 Hechos de Andrés
430 Hechos de Juan
435 Hechos de Pedro

- 439 Hechos de Pedro de Nag Hammadi
- 445 Hechos de Pablo
- 450 Hechos de Pablo y Tecla
- 455 Hechos de Tomás
- 464 Hechos de Felipe
- 470 Predicaciones de Pedro (Homilías Pseudoclementinas)

Epístolas

- 481 Carta escrita por el rey Abgaro a Jesús y enviada a Jerusalén por medio del correo Ananías
- 482 Respuesta de Jesús al príncipe Abgaro por medio del correo Ananías
- 483 Carta de Pilato a Herodes
- 485 Carta de Herodes a Pilato
- 487 Carta a los cristianos de Laodicea
- 488 Epístola de Tito sobre la castidad
- 490 Carta secreta de Santiago
- 493 Carta de Pedro a Felipe
- 497 Carta de los apóstoles o *Epistula Apostolorum*

Apocalipsis cristianos no gnósticos

- 501 Apocalipsis de Pedro
- 507 Apocalipsis de Pablo
- 512 Apocalipsis de Tomás
- 516 Ascensión de Isaías II. Visión de Isaías
- 521 Oráculos Sibilinos cristianos

Apocalipsis cristianos gnósticos

- 527 Apocalipsis de Adán
- 531 Apocalipsis de Pedro gnóstico

Índice

- 536 Apocalipsis de Pablo gnóstico
- 539 Primer Apocalipsis de Santiago
- 542 Segundo Apocalipsis de Santiago

Poesía hímnicap apócrifa

- 547 Odas de Salomón
- 551 Orden en el que son citados en el presente libro los textos apócrifos empleados y sus abreviaturas
- 555 Índice alfabético (abreviaturas) de los apócrifos citados en la presente obra
- 559 Índice analítico de materias

Prólogo

Este libro es una «antología», es decir, una selección de textos de los escritos apócrifos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Son muchas las obras de autores judíos y cristianos que, ya sea por su título o contenido o por su presunto autor, han mostrado pretensiones de ser consideradas sagradas y de ingresar en el selecto grupo de «libros canónicos», o inspirados, pero no lo han conseguido.

Sin embargo, no por eso dejan de ser importantes histórica y teológicamente, pues reflejan –sobre todo en el caso de los apócrifos veterotestamentarios– una teología y religiosidad que en muchos casos fue más determinante para el desarrollo del primer cristianismo que el Antiguo Testamento mismo, a pesar de su carácter de libro sagrado de primer orden.

Los textos apócrifos de uno y otro Testamento son muchos, pero no todo su contenido es trascendente. Por

eso ofrecemos aquí una selección para que el lector pueda hacerse una rápida idea de los pasajes más relevantes y de sus ideas más sobresalientes.

Presentamos los textos bajo un doble epígrafe: por un lado, hemos pretendido agruparlos por un cierto orden cronológico, y por otro, según su pertenencia a un cierto género literario. Como la casi totalidad de los autores de estas obras apócrifas nos son desconocidos, y como ignoramos la inmensa mayoría de las veces las circunstancias y fechas de su composición, el agrupamiento cronológico no puede ser más que global o tentativo. Tampoco es fácil una ordenación por temas, porque no se trata de obras de teología o religiosidad sistemáticas, sino que mezclan temas, los repiten o saltan de uno a otro.

La bibliografía que acompaña a este volumen hace referencia fundamentalmente a las grandes colecciones de apócrifos publicadas en las lenguas cultas más importantes, no a las ediciones críticas de las que hemos obtenido los textos. Estas ediciones aparecen señaladas, según cada obra, en las colecciones que consignamos.

Todos los textos que aquí ofrecemos han sido traducidos por especialistas a partir de las lenguas originales (hebreo, arameo, griego o latín), o cuando la primera versión se ha perdido, de las lenguas antiguas a las que las obras fueron traducidas: copto, etíope clásico, eslavo antiguo, siríaco o árabe.

Introducción

Canónico y apócrifo

El término «apócrifo», o «literatura apócrifa», se comprende hoy día a partir del concepto opuesto: «libros o literatura canónica». Un libro canónico es el aceptado como sagrado por la Iglesia, o también por el judaísmo, si se habla del Antiguo Testamento, y merecedor de pertenecer a los textos que constituyen la Biblia en sus dos partes, Antiguo y Nuevo Testamento. ¿Qué se entiende entonces por «apócrifo»? Si nos atenemos al significado que tiene este vocablo hoy día, la respuesta es sencilla y acabamos de apuntarla: «lo contrario a canónico», no sagrado; por tanto, escrito no admitido en la lista de libros de la Biblia (Antiguo y Nuevo Testamento), aunque con pretensiones de estar en ella por su tema, género o presunta autoría.

Sin embargo, para llegar a esta significación, el vocablo «apócrifo» pasó por una serie de etapas. El término apa-

rece ya en Ireneo de Lyon (hacia el 180 d. C.), y deriva del griego *apokryptô*, que significa «ocultar». En principio, un libro apócrifo es aquel que conviene mantener oculto por ser demasiado importante y precioso, no apto para que caiga en manos profanas. También se designaban con el vocablo «apócrifo» los libros que procedían o contenían una enseñanza «secreta». Así, ciertos filósofos de la Antigüedad afirmaban que sus doctrinas procedían de libros secretos (griego, *apókrypha biblia*) orientales. Esta primera acepción aparece como normal en escritores eclesiásticos cristianos de los primeros siglos, como Clemente de Alejandría (*Stromata* I 15, 69, 6).

Con rapidez, sin embargo, y precisamente porque tales libros eran utilizados por grupos más o menos apartados de la Gran Iglesia, de enseñanza teológica no ortodoxa —es decir, poco concorde con lo común de las demás iglesias—, el vocablo «apócrifo» adquirió el sentido de «espurio» o «falso». Así ya en Ireneo de Lyon o en Tertuliano (hacia el 200). A partir de tales autores se ha generalizado esta acepción hasta hoy. Más tarde, se hicieron listas tanto de libros aceptados como de los rechazados, por lo que los «apócrifos» del Antiguo y del Nuevo Testamento comenzaron a depender de la definición del canon o lista de libros sagrados por parte de la Gran Iglesia.

La formación de la lista de libros sagrados del Antiguo Testamento

El proceso de formación del canon del Antiguo Testamento es oscuro y complejo, e ignoramos en verdad cuántos

les fueron los motivos estrictos por los cuales, ya a mediados del siglo II a. C., existía entre los judíos de todas las regiones la conciencia clara de que —entre toda la literatura religiosa que podía circular en Israel y la Diáspora— algunos libros eran absolutamente sagrados e inspirados por Dios, y por tanto, intocables.

- En primer lugar, se tenía por sagrada la *Ley* divina otorgada por Dios directamente a Moisés en el Sinaí. Según la creencia universal judía, desde después del Exilio a Babilonia (siglo V a. C.), los libros de la *Ley* eran cinco (se solía añadir también Josué) y habían sido dictados por Dios mismo a Moisés como complemento al Decálogo.

- En segundo, eran sagrados los «Profetas», tanto los más importantes, los «mayores» (Isaías, Jeremías, Ezequiel...), como los «menores». Estos últimos eran más numerosos que los que hoy conocemos por este término y que se imprimen en nuestras Biblias al final del Antiguo Testamento (Joel, Amós, Absías, Jonás...), pues incluían también a los profetas que aparecían dentro de los libros de Samuel y de los Reyes, como el famoso profeta Natán (2 Sam, 7), que predijo a David la realeza eterna en Israel de monarcas procedentes de su estirpe.

- En tercer lugar, los «Escritos», es decir, el resto de las obras que hoy imprimen nuestras Biblias, y que se clasificaban como «himnos», «salmos», «proverbios» y escritos sapienciales, es decir, que enseñaban la sabiduría divina.

Según la tradición judía, la determinación más ajustada del canon bíblico básico (la «Ley», los «Profetas» y al-

gunos «Escritos») procede de los años 90-100 d. C., cuando tuvo lugar una declaración formal al respecto por parte del rabino Gamaliel II y sus colegas en Yabne (Yamnia). Pero se duda científicamente si tal declaración se produjo alguna vez. En cualquier caso sabemos que este canon era aún fluido, no estaba plenamente formado, pues antes de la segunda Gran Revuelta judía contra Roma, en los años 132-135, el famoso Rabí Aquiba todavía discutía sobre el carácter canónico, o no, del Cantar de los Cantares. La canonicidad del resto de los «Escritos» (por ejemplo: Eclesiástico, Esdras y Nehemías) se siguió discutiendo entre los judíos durante todo el siglo II d. C. y sólo más tarde –por tradición y consenso, en una época imprecisa– quedó constituido como hoy día.

La Iglesia cristiana, sin embargo, no se sintió obligada a aceptar la lista judía de libros sacros del Antiguo Testamento, y continuó utilizando como sagrados/canónicos una lista más amplia: los libros de la versión de los *Setenta* (en total, 42 libros, incluyendo los «deuterocanónicos», véase más abajo). La moderna investigación sobre el canon del Antiguo Testamento mantiene que, en líneas generales, la temática de los escritos deuterocanónicos coincide con las de otros escritos parabíblicos o apócrifos de Qumrán, considerados prácticamente como sagrados, redactados en arameo y relacionados con la Diáspora judía oriental, que recogen tradiciones literarias y folclóricas de sabor bíblico. En la Iglesia cristiana la decisión formal respecto al canon –tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento– sólo se tomó en el Concilio de Trento (1546).

La lista de libros sagrados de los dos «Testamentos», en especial la del Nuevo, contribuyó en grado notable a conformar la identidad de los cristianos frente a los judíos y ayudó a consolidar conceptos fundamentales de la estructura de la Iglesia naciente: los cargos eclesiásticos y el concepto de doctrina recta.

La formación de la lista de libros sagrados del Nuevo Testamento

La formación del canon del Nuevo Testamento es igualmente compleja, lenta y llena de altibajos. Debemos confesar, sin embargo, que la historia es aquí oscurísima, y que la Iglesia antigua apenas si ha dejado fuentes directas que aclaren el porqué de la selección de escritos canónicos, y los motivos que le impulsaron a constituir tal grupo selecto rechazando otros. Lo que el investigador se encuentra hoy en este campo, como producto de los esfuerzos de estudiosos anteriores, es más bien reconstrucción e hipótesis, aunque con un buen grado de verosimilitud.

Desde el punto de vista histórico, las opiniones sobre la formación del canon del Nuevo Testamento se dividen *grosso modo* en tres campos delimitados:

- El primero considera que tal proceso fue un acto *evolutivo pero espontáneo* dentro de la Iglesia cristiana en la primera mitad del siglo II. Una institución religiosa como la cristiana que se iba apartando progresivamente del judaísmo necesitaba su *texto sagrado*, tanto para

afianzarse en su fe como para las discusiones doctrinales con judíos y herejes. Esta norma libraria se fue formando progresivamente por medio de la veneración que rodeaba a los textos leídos en las reuniones litúrgicas y por el consenso de los diversos grupos de creyentes sobre qué libros procedían de los apóstoles y cuáles no.

- El segundo campo atribuye la formación del canon a un acto *deliberado y positivo de política eclesiástica*. Tal vez fuera en Roma –por su preponderancia política y económica y en donde se había reunido una masa importante e influyente de cristianos, en la que debía de haber copias de todos los escritos que se iban considerando santos– donde tuvo lugar este acto positivo de selección. El detonante fue, con probabilidad, la actitud del herejarca Marción, que hacia el 140 había fundado su propia iglesia en la misma capital del Imperio. Este personaje –que sostenía que la revelación del Antiguo Testamento no era obra del bueno y justo, sino de un dios inferior o demiurgo– había constituido su propio *corpus* de escritos sacros, que consistía en un evangelio, el de Lucas, severamente cercenado en todo aquello que pudiera parecer un elogio del Antiguo Testamento, y 10 epístolas paulinas, también expurgadas bajo este mismo criterio.

Para poseer una base firme a la que apelar contra este y otros herejes del siglo II –argumenta esta posición–, la Iglesia debió de sentir la necesidad de dotarse de semejante instrumento: un *conjunto de escritos sagrados e intocables*. Este menester fue aún más angustioso cuando a finales del siglo II se extendió por la Iglesia la crisis montanista. En este movimiento heterodoxo era absoluta-

mente primario e importante la palabra viva del Espíritu Santo, que actuaba en los nuevos profetas de la comunidad. Primero era la profecía; luego, los textos escritos y las decisiones de la jerarquía. La Iglesia oficial, por el contrario –en la que los profetas no desempeñaban, ni mucho menos, un papel tan importante, y en la que el episcopado era ya una instancia controladora firme–, necesitaba de una norma externa y fija en la que fundamentar su doctrina y oponerse a las novedades que proclamaban los nuevos profetas, sobre todo en el campo de la ética. Por esta necesidad, y con el consenso de otras iglesias, debió de constituirse en Roma, gracias a un acto positivo, pero del que no han quedado noticias expresas por el localismo del hecho, el núcleo del canon que perdura hasta nuestra época.

- La tercera postura dentro de la investigación moderna acepta también que fue el hereje Marción el primero en formar un canon de Escrituras sagradas. Pero su ejemplo sirvió sólo de *catalizador* para un proceso que en la Gran Iglesia se había iniciado independientemente tiempo atrás y que aún habría de durar siglos: antes del hereje Marción, hacía tiempo que la Iglesia consideraba como sagradas las «palabras del Señor» y, más tarde, algunas epístolas de Pablo y algún apocalipsis, como el de Pedro o el de Juan, y honraba como honorables los libros que los contenían. Pero la Iglesia –se argumenta– *no reaccionó inmediatamente creando otro canon de Escrituras*, sino sólo insistiendo y fortaleciendo el «canon de la fe», es decir, creando una especie de credo o «regla de la fe» universal (por consenso entre los «ortodoxos», y que se trasluce en los escritos de éstos), que más tarde

serviría como una de las normas de medida para ver si un escrito merecía entrar en el canon de las Escrituras o no. La creación del canon se produjo más bien de manera gradual, como apunta la primera postura que hemos reseñado.

Los *motivos* por los que se formó la lista de libros sagrados tampoco nos son conocidos por ninguna declaración eclesiástica expresa, pero de los textos de los escritores cristianos de los siglos II y III se deduce que fueron los siguientes:

- El *primero* fue la conformidad del contenido de un pretendido escrito sagrado con lo que se llamaba la *regla de la fe*, o *canon de la fe*, es decir, la congruencia teológica del contenido de un escrito con pretensiones de «santo», con lo que la tradición del común de los grupos cristianos consideraba ya como «normativo» o comúnmente aceptado por la inmensa mayoría de las iglesias.

- El *segundo* fue el de la *apostolicidad*, es decir, si el escrito provenía directa o indirectamente de los apóstoles.

- El *tercero* consistió en la *aceptación común y el uso continuo de tal o cual escrito en las iglesias*, sobre todo su uso como lectura sagrada en las asambleas litúrgicas.

Estos tres criterios se fueron afianzando durante el siglo II y han continuado como tales hasta hoy, sin ser contestados.

Sea como fuere exactamente el proceso de formación del canon del Nuevo Testamento, lo cierto es que hacía

finales del siglo II la mayoría de las iglesias admitían como «sagrados» casi el mismo número de libros que tenemos hoy día. A finales del siglo IV puede decirse que está ya fijado el canon como es hoy, eliminadas casi todas las dudas. Pero hay que esperar hasta el Concilio de Trento (1546) para que la lista quedara sancionada oficialmente.

La *inspiración* como norma para declarar sagrado a alguno de los escritos cristianos primitivos no desempeñó ninguna función significativa en la estricta formación del canon, por una razón: la inspiración que adscribían a las Escrituras era sólo una faceta de la actividad inspiradora que ejercía el Espíritu Santo en tantos y tantos aspectos de la vida de la Iglesia. Muchos escritores eclesiásticos se consideraban a sí mismos como inspirados, o pensaban que otros lo estaban. Por tanto, si todos los escritos que los antiguos cristianos consideraban «inspirados» hubieran entrado en el canon del Nuevo Testamento, éste habría sido inmenso e inabarcable.

Al contrario, sin embargo, la utilización de la etiqueta de «no inspirado» indicaba ciertamente que un escrito en cuestión no estaba en el canon. Esta expresión —«no inspirado»— comenzó pronto a reservarse solamente para los falsos o apócrifos, mientras que rara vez designan a un escrito ortodoxo, aunque no canónico. Así pues, según los primeros Padres de la Iglesia, las Escrituras del Nuevo Testamento están ciertamente inspiradas, pero no es ésa precisamente la razón de su normatividad o canonicidad.

APÓCRIFOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Las obras o fragmentos que pertenecen a este apartado son cerca de 65, aunque el número no es fijo, porque las colecciones modernas que componen este legado de la literatura judía de época helenística –también denominada «intertestamentaria»– tienen criterios diversos a la hora de seleccionarlas, o dudan en colocar ciertas obras entre los apócrifos judíos o entre los cristianos.

Presentaremos ahora –como visión general antes de que el lector inicie su lectura de los textos– sólo los más significativos de estos escritos, que constituyen en realidad una verdadera Biblia (del Antiguo Testamento) fuera de la Biblia.

- En primer lugar, encontramos un buen número de escritos que complementan o reelaboran libros y temas conocidos por el Antiguo Testamento canónico: así, el *Libro de los Jubileos* o «Pequeño Génesis», llamado de este modo porque expande algunos capítulos de este libro; también el de las *Antigüedades bíblicas* del Pseudo-Filón, que vuelve a contar la historia sagrada desde Adán hasta David; la *Vida de Adán y Eva*; los *Paralipómenos* o «restos» de la historia de Jeremías; los libros *III de Esdras*, y *III y IV de los Macabeos* (éste puede entrar también con pleno derecho en el grupo de «escritos sapienciales» que mencionamos luego); el *Martirio de Isaías*; la *Novela de José y Asenet*; las *Vidas de los Profetas*. Nos ha llegado también un ciclo completo con profecías de Henoc, «el séptimo varón después de Adán», que se compone, a su vez,

de diversas obras transmitidas en lengua etíope, antiguo eslavo o hebreo, y que se denominan *Libros I, II o III de Henoc*.

- Tenemos también un gran bloque de apocalipsis o revelaciones como el *Libro IV de Esdras*; los *Apocalipsis* sirio y griego de *Baruc*, discípulo de Jeremías; los *Apocalipsis de Elías, Sedrac, Adán, Abrahán, Ezequiel, Sofonías*, etc.

- Hay otro grupo que se denomina hoy literatura de «testamentos», porque todos sus componentes se acomodan, más o menos, a un cierto tipo de género literario ya conocido desde el Génesis, a saber: una gran figura religiosa reúne a sus descendientes a la hora de su muerte, que conoce por revelación divina, les cuenta los hechos más importantes de su vida, les orienta sobre el modo recto de proceder, les exhorta a cumplir los mandamientos de la Ley y termina con algunas predicciones sobre el futuro. Los más importantes de estos «testamentos» son los de los *Doce Patriarcas*; el *Testamento de Job*, y el de *Salomón*. Poseemos también los *Testamentos de Moisés y Adán*.

- Otro bloque importante es la literatura sapiencial; dentro de él se pueden también catalogar los ya mencionados *Libros III y IV de los Macabeos* y el llamado *Menandro siríaco*. Existe también dentro de estos escritos un bloque misceláneo que agrupa obras muy variadas: desde fragmentos de un autor trágico judío –como Ezequiel, que escribió, entre otras obras, una tragedia sobre el *Éxodo*– hasta fragmentos casi perdidos de una historia de *Eldad y Modad*, pasando por las *Sentencias* y proverbios *del Pseudo Focílides* y los famosos *Oráculos*